

¡Buena cosecha! Antonio, el dueño del rancho, está contento. El año ha sido pródigo; los cafetos se rinden al peso de los frutos, y ya están listos, en bodega, quince quintales completos que darán á su dueño, vendidos en Pluviosilla ó en Villaverde, cuatrocientos veinticinco duros. . . . . ¡Y lo que falta por levantar!

En el rancho todo es alegría. Trabaja mucha gente. Delante de la casa, en grandes petates, se tuesta al sol buena cantidad del preciadísimo grano, los majadores trabajan también que es una gloria el verlos, y en el portalón, en varios grupos, las *limpiadoras* apartan el *caracolillo* y la *planchuela*.

Antonio vigila celoso las labores; Mercedes, su esposa, trajina adentro; el humo sube en leve espiral del pajizo techo de la casa, y el palmear de las tortilleras anuncia que ha llegado, ó no tardará en llegar, la hora del almuerzo. El humo de la leña húmeda que arde en el *tlecuile* inunda casa y portalón, se filtra entre los muros de caña, y asciende lento y azulado hacia las regiones despejadas del cielo. Delante de la casa, en el espacio libre, bajo los naranjos cargados de fruto, cerca del vallado de carrizos que circunda el huertecillo, cacarean las ponedoras, cloquean las cluecas, pían tímidamente los polluelos de la última nidada invernal, y el gallo, un gallo giro, de espolones recios y cresta amoratada, orgulloso y envanecido de sus odaliscas, se pasea con aire triunfador, hace la rueda á la más linda, y, de tiempo en tiempo, lanza á los vientos su imperiosa voz: *¡quiquiriquí!!*

Charlan de muchas cosas los del portalón. Pancho, el más garrido mozo, habla de cacerías con los menores; tía Chepa, de sus achaques y dolencias; tío Juan, de su vida de soldado, de sus hazañas contra los yankees; y las mozas, todas de ojos negros y vivarachos, mientras sus dedos apartan los granos, no dan paz á la lengua, y hablan de cierto mancebo *charreador*, gala y orgullo de la comarca, ganancioso en las últimas carreras de *Cuichapan*, cosechero pesado, y un tipo de lo más reguapo cuando

pasa en el Tordo, terciado el *zarape* multicolor, al desgaire el galoneado sombrero, y firme y apuesto en la escarceadora caballería. Sonríen maliciosas, y bromean, y lanzan amables indirectas á Nieves, la hija de Antonio, que, según dicen, es la preferida del doncel.

—Oye, Clara: —dice una, riendo y mostrando la blanca dentadura— dice Nieves que nó! ¡Figúrate! Si yo la vi embobada, con la boca abierta, contemplando á Daniel. Y el otro, tan descaradote, que no le quitaba los ojos. . . . .

—Los ojos aquellos, que parecen brasitas. . . . .! —murmura otra.

Nieves baja la vista avergonzada, y finge que no oye lo que sus amigas están diciendo.

Salta tía Chepa, y dice en tono dejoso:

—¡Ah, muchachas! ¡Ustedes sólo piensan en que se han de casar. . . . .

Y volviéndose á sus compañeras:

—Pa las riumas, nadita como la tripa de Judas! . . . . En injusión de aguardiente, tibiecita, por la noche, y donde duele, talla y talla, y frota que frota, hasta que se embeba! Y, de deveras, como con la mano. La riumas vienen del aire, y por eso se quitan con yerbas de olor.

Pancho, muy serrote y grave, satisfecho de su auditorio, sigue contando sus aventuras de caza:

—Los perros comenzaron á latir, y yo dije: allá voy! Y pa allá me fuí! Le metí espuelas al cuaco, y. . . . arriba! De que yo ví la cuernamenta, cargué la escopeta, y me aguardé entre los acahuales. El venao que pasa y yo que le tiendo el fusil, y que le aflijo un tiro, y otro! Saltó el animal, cayó, volvió á saltar, se alzó, siguió corriendo, y yo tras él! Ya le iba yo á apuntar de nuevo, cuando lo vi que tambaleaba. Se arrastró entre los huichaches y fué á caer entre las yerbas del arroyo. Los perros venían latiendo. Yo llegué antes que ellos, agarré el cachicuerno, y ¡zas! lo degollé! ¡Deveras que mi escopeta es buena! ¡Los dos tiros juntos! ¡Mira si es buena!

Todos charlan y trabajan alegrementemente, cuando de pronto, una exclamación de Marcelino, el majador que está más cerca del portalón, interrumpe la charla.